

Madrid Cómico

Año de 1911. Sábado 30 de Septiembre.

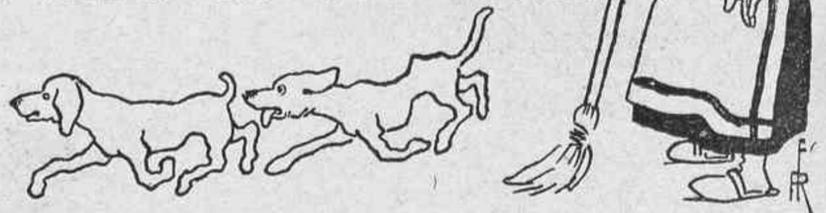
Número 85.



Alto
Agustina



CHARLA SEMANAL



La suspensión de las garantías constitucionales, y como consecuencia la previa censura, nos trae soliviantados. Sobre todo, quienes más se lamentan de esto, de no poder hablar y emitir libremente su opinión, son las mujeres. Las mujeres, flor de frivolidad, son unos amables y adorables seres que han sido creados para charlar eternamente. Pedidas todos los sacrificios, las más heroicas abnegaciones. Sabrán morir con la sonrisa gloriosa de los mártires en los labios y con el desdén altivo de los estoicos. Mas no las demandéis que callen. La locuacidad es su segunda vida. Son los esforzados paladines de la plática. ¿Callar una mujer? ¡Antes morir!

Yo medito con terror en el día en que esas sufragistas londinenses vean sus ideas coronadas por el éxito y su proselitismo hecho realidad en bélicas legiones femeninas. Aquel día, no traerá quizá la llegada de la paz universal, la igualdad y nivelación social de sexos, pero sí, seguramente, vendrá el reinado de la conversación, que acaso sea el de la indiscreción. ¡Pero la indiscreción de las damas es tan encantadora! ¡Por ella descubrimos tan joviales y graciosos aspectos de la vida!

Sin embargo, ellas, á pesar de sus exaltaciones y sus diálogos, como muy buenas políticas que son—¡oh, las mujeres siempre están en política al lado de la dictadura!—, se hacen cargo de las actuales circunstancias. Hay señora que, al despedir á su marido en el descansillo de la escalera, le recomienda con un acento muy severo y solemne:

—Atanasio. Ya sabes cómo están las cosas. ¡Cuidado con que hables!

El marido que no osa chistar—porque ha estado desde el día siguiente de su matrimonio sometido al régimen del silencio, y la costumbre hace ley y viene á ser una segunda naturaleza—mira á su costilla con asombro y estupor, y desciende lentamente por la escalera admirando las razonables medidas de orden y gobierno adoptadas por su media naranja.

Pero esto no es obstáculo para que, apenas el hombre ha salido á la calle, la mujer se sienta épicamente revolucionaria y comience á despotricar con las demás vecinas acerca del estado de cosas, poniendo de oro y azul á los gobernantes por la perentoria cobranza del impuesto de inquilinato, y de verde y plata á los obreros por no haber conseguido la supresión de los alquileres domiciliarios y el libre consumo de comestibles.

Decididamente convendría imponer una enérgica censura en la tribuna de los corredores y crear una policía especial para detener las lenguas demoleadoras de las vecindonas. Esta policía muy bien pudiera ser femenina, aunque habría el gravísimo inconveniente de que se pasaran al campo de las sediciosas y con ellas hicieran causa común.

En definitiva, la prohibición siempre será inútil para las

mujeres, porque saber ellas que una cosa no puede decirse y callar, ¡antes moras!

*
**

Esta es una época deliciosa para muchas mamás que, hallándose en posesión de un espíritu superior al de *las demás mortales*, tienen los ojos fijos en el firmamento de la coreografía y otras artes análogas, donde brillan tantas estrellas de primera, segunda y tercera magnitud, pretendiendo que las hijas de sus entrañas lleguen un día á *epatar* á todas sus compatriotas y á conseguir una fama y renombre universales.

Años atrás no había una portera atacada por la monomanía del arte y de la burguesía, que no matriculara á su niña en el Conservatorio de Música y Declamación. Hoy, quizá un poco tarde, después que ya han blanqueado las canas venerables en la espléndida y perfumada cabellera de Carolina Otero, y luego de que los príncipes rusos se han desengañado de las amorosas de los *cafés concerts* parisinos, piensan con toda ilusión en hacer á sus hijas bailarinas y cupletistas. Eso van ganando la música y los príncipes y aun los modestos pelagatos, porque las futuras estrellas tendrán la voz como un maullido, pero tienen cada cara y cada desnivel que quita la cabeza. Y ellas, las pobrecitas, sienten tal entusiasmo por su profesión, que magnánimamente lo sacrifican todo, ¡oh, todo por el arte!

Deseémoslas muchos triunfos y muchas bienandanzas en su carrera, pero ¡por Dios! que no vayan acompañadas por sus respetables mamás á los ensayos, y aun menos á la función. La autora de los días de una artista de este género siempre es un elemento perturbador. Hubo hace años un empresario que ponía en su demanda la condición siguiente: «Se necesitan artistas sin madre».

*
**

Va á ocurrir en Madrid un acontecimiento trascendentalísimo: la celebración de la feria anual. Y decimos que es trascendental este acontecimiento, porque todos los años nos parece nuevo. No hemos de meternos en sentimentales consideraciones. Nos parece muy bien que un pueblo que no tenga nada que feriar carezca de feria. Pero no podemos por menos de sonreirnos ante la obstinación y perseverancia de los municipios matritenses y ante este alarde de su amor y respeto á las costumbres y las tradiciones. Echamos, no obstante, de menos un luengo y literario cartel, obra del excelente escritor y excelentísimo alcalde D. José Francos Rodríguez, pegado en las esquinas y encabezado con el desconcertador símbolo del oso y el madroño, que rezara en su título con gruesas y llamativas titulares: «Atracción de forasteros!», con admiraciones y todo. ¡Nos parecería esto tan pintoresco y tan municipal!

Antonio Roldán.



MODISTAS Y ESTUDIANTES



En la vida de nuestra Madrid castizo y pintoresco ha llegado una de las más simpáticas épocas: los días de principio de curso, la jovial y risueña arribada de los estudiantes.

Los jóvenes escolares son un elemento insustituible en



la corte; la prestan un regocijo, una jovialidad característica.

Nada tan antipedagógico, tan antidoctoral y tan antiestudioso como los estudiantes. Estos días graciosos de esas vidas tan frívolas y alegres, constituyen una desconcertadora paradoja, una alegre contradicción: la vejeidad y la existencia bella y tornadiza de la juventud.

Los profesores, esos hombres transcendentales y enlevitados, cubiertos con su alto chapeo reluciente, que se yerguen con un ademán solemnes ante la inquieta y bulliosa congregación de muchachos, sonríen irónicos y enigmáticos porque ellos están en el secreto de la vida estudiantil. En el fondo, son unos seres benévolos que comprenden que es mucho más interesante para una vida primaveral la partida de carambolas—quizá á costa de la patrona y de los libros de texto—, ó los ojos prometerones y pícaros de una modistilla, que la Patología interna y la Economía política.

¡Oh! la modistilla, esa jovencita alegre y turbadora que cruza rápida las calles cortesanamente vestida con unos limpios y airosos trapitos, remedos de elegancia que ella ha tramado, soñando con líricas grandezas en el ambiente prosaico y enfermizo del taller! Bien las conocen los vie-

jos libidinosos y concupiscentes, esos monstruos odioso y panzudos que las persiguen á lo largo de las ruas durante las limpias tardes de sol del invierno madrileño.

Pero las modistillas enfloradas de ilusión prefieren ser perseguidas por un cortejo de locuaces y regocijados amadores estudiantiles... ¡Dulce compenetración abribeña que sólo se observa al principio de las vidas. La juventud se ha hecho para la juventud, y las modistas para los estudiantes. Es el idilio de lo fútil, de lo ligero y de lo inconstante.

Un aura de poesía, de esa amable y optimista poesía que se halla en las vidas humildes, adorables y juveniles, una gaya lozanía, un sonar de risas como cascabeles, un suspirar de inocentes pláticas madrigalescas viene á iluminar, á embellecer el aspecio comercial y egoísta de la urbe en su fría modernidad, negación de todo romanticismo, llega á defendernos del tedio invernal, de los días grises y opacos de la invernada.

Desde hoy veremos con grato contento las parejas de enamorados muchachos caminar pausadamente bajo la tela sombría de un paraguas, invulnerables á vientos y á lluvias, inconscientes de su propia felicidad, desafiando las risas y las procacidades de la chusma y poniendo una sensación de buen sentir en el corazón de las gentes.

Nosotros, entusiastas de todo lo bello, de todo lo ale-



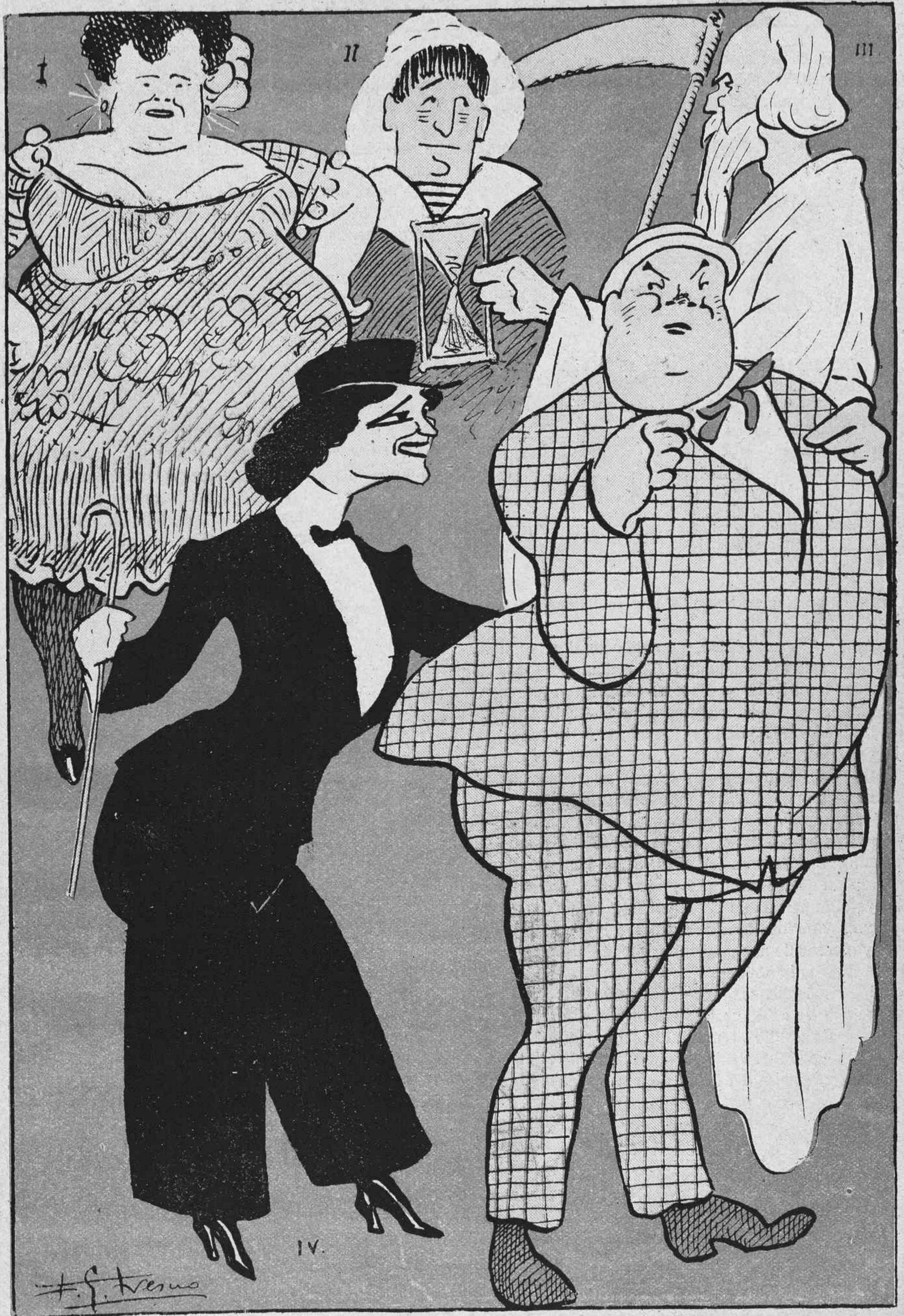
gre, de todo lo juvenil y de todo lo pintoresco, damos nuestra cordial bienvenida á los estudiantes, y nuestra rendida enhorabuena á las modistillas.

Constantino Amador.

Ilustraciones de Fernando Roldán.



APUNTES DEL NATURAL, por Fresno.
TEATRO DE PRICE "EL RELOJ DE ARENA,"



I.—Sobeiano. II.—Esteve. III.—Bódalo. IV.—Ortas. V.—Guillot.



—Joven: con una res como usted si que me dormía yo en la euna.



— Me huele á que está tu madre en casa. No se si será verdad...



— ¡Ande usted pá alante!
— Pues señor, esto sí que es el paro forzoso.



— La verdad es que he dejado más casas desalquiladas que la Gran Vía.



— Niña: á mi lado estará usted segura. Pertenezco á la Sociedad de padres de familia.

Ibañez

JOVEN DE LENGUAS

Mis parientes y vecinos
 los señores de García y González del Montón,
 como finos, son muy finos,
 y como de posición,
 ¡caracoles si lo son!
 Ya ve usté
 si el padre de la señora es persona conocida:
 ¡Pérez! Ministro que fué,
 que no sale del Senado.
 Y el marido
 ya ha salido
 y saldrá toda su vida
 diputado,
 diputado por.... su suegro; quiero decir que él lo saca;
 me parece que por Mula, aunque creo que es por Jaca;
 sé que es por un animal,
 pero no recuerdo cuál.
 Pues como íbamos diciendo, mis parientes los Garcías
 tienen una criatura....
 ¡Qué chico! ¡qué monería!
 Vamos, ¡una miniatura!
 Como un piñón la boquita,
 como platos los ojazos.
 ¡Qué chiquillo!
 Y unas piernas y unos brazos
 con más roscas que un tornillo.
 Y el infante se les cría hecho *un rollo de manteca*,
 como dice el ama seca;
 porque, es claro, los García,
 siendo gente *com'il fot*,
 tienen dos amas de cría,
 una *seca* y otra.... *no*.
 Pero la cosa más rara
 es el espíritu práctico que se revela en el chico,
 pues se le alegra la cara
 en cuanto le llaman *rico*.
 Pues ¿y el pico?
 Le digo á usté que está el nene adelantado de un modo
 que desde los once meses lo entiende y lo charla todo.
 ¡Es de lo que no se ve!
 Y le deja á usted parado,
 porque.... no le entiende usté.
 Pero todo se concilia,
 porque afortunadamente
 todos los de la familia
 lo entienden perfectamente.
 —Mira— dice la mamá,—
 mira; este señor no sabe adónde se fué papá.
 Anda, díselo tú, rico. Y el niño contesta:—*Tita*.
 —¿Ve usted?—traduce la madre.—*A ver á la tía Rosita*.
 —Y ¿dónde vive la tía? Dilo tú con tu boquita
 y te doy esta galleta.
 Dí....
 —*Totín-té-titá-teta*.
 —¡Eso es!—
 exclama muy satisfecha.—
 ¿Ha visto usted? *Florín, tres,*
principal de la derecha.
 Alguna vez ha ocurrido,
 aunque pocas por fortuna,
 que no le hemos entendido.
 Ayer, á las nueve y cuarto, le acostaron en su cuna
 tan contento como siempre, cuando á cosa de la una
 despertó sin más ni más,
 llora que te llorarás.
 Todos los de la familia acudieron al momento
 preguntándole á porfía
 qué quería,

y el niño, pataleando, á todos les respondía:
 —*¡Ento.... ento!*
 —No será que está *contento*—observó su señor padre,—
 pues está desesperado.
 —¿Si será que le entra *viento*?—dijo su señora madre;—
 pero todo está cerrado.
 —Aquí no te tienes viento—
 contestó un ama al momento
 con vascongado cariño.
 Yenton ces dijo la otra:—Ya sé lo que quiere el niño:
 que le contemos un *cuento*.
 Voy á contártelo yo:
 —«Este era un niño muy raro....»
 Y el niño gritaba:—¡¡¡Nooooo!!!—
 que es lo que dice más claro.—
Ento. ... ento—repetía, sin que la familia entera,
 que procuraba anhelante
apurar el consonante,
 lo entendiera.
 ¡Caso extraño
 de triste recordación!
 El niño cogió una perra... danesa por el tamaño
 y galga por la extensión.
 Y el padre, en la persuasión
 de que es vana pretensión
 el pedir peras al olmo,
 dijo á todos en el colmo
 de la desesperación:
 —¡No le den ustedes vuelta, que es inútil la tarea!
 ¡No le entendemos nosotros!
 Pero me ocurre una idea:
 ¿No es un hecho que los niños se entienden unos á otros?
 Pues vamos á utilizar
 idea tan socorrida.
 Ama, baje usté á buscar
 al chico de la portera y súbalo usté en seguida.
 Como es un poco mayor,
 no es lícito esperar
 que pronunciará mejor.
 Cumplidas á la carrera
 las órdenes del señor
 transmitidas por el ama,
 el chico de la portera
 fué sacado de la cama.
 Menos mal
 que por evitar al chico pulmonía ó constipado,
 tuvieron la precaución
 de subirle arrebujaado
 en un refajo encarnado,
 dos toquillas y un mantón.
 García, por los estímulos de su paternal cariño,
 llevó al chico en su envoltorio hasta la cuna del niño,
 y le dijo:—Chiquitín,
 oye lo que dice el niño; escúchale bien, monín.
 Y conteniendo el aliento,
 con la más viva emoción
 esperaron el momento
 de que aquel joven de lenguas hiciera la traducción.
 Al ver al de la portera el niño de los García,
 repitió con agonía:
 —*Ento.... ento*.
 Y el chico, medio dormido,
 con el ceño muy fruncido,
 muy colorada la cara,
 dijo en tono compungido:
 —*¡Pos si no hubiera pomido*
tanto duse.... no eventara!

Carlos Luis de Cuenca



A ha venido el otoño, y con él la irrupción de los bárbaros literarios. En los teatros nos amenaza el negro melodrama y la verde sicalipsis, y muy pronto verán la luz algunos periódicos donde todos tendremos ocasión de ponernos en ridículo con nuestras delicuescencias más ó menos punibles.

Ya se han perpetrado varios estrenos en el Gran Teatro, en Price, en Martín.

El de este teatrillo se titulaba *Los dos amigos y el oso*, de los jóvenes Ramos de Castro y Mesa, que hizo reír mucho al candoroso senado. Es un juguete cómico con bastantes astrakanadas y algunas situaciones bufas muy ingeniosas. Yo creo que estos señores sienten mejor lo serio y deben cultivar ese género, aunque les produzca menos pesetas. Pero también hay que hacer algo por el honor del nombre, amigos míos, y por el arte, sin pensar en la sugestiva taquilla de la Sociedad de Autores.

Una de las obras que más pronto han de estrenarse es la de cierto amigo mío, hombre bueno é inteligente, víctima de la fiera sátira y de las calumnias de sus contemporáneos.

Este autor infortunado es D. Ataulfo D.—permitidme que encubra este nombre gótico, el verdadero de nuestro héroe—, y la obra ya ha estado á punto, varias veces, de estrenarse. Pero los maldicientes dicen que don Ataulfo tiene *jettatura*, que ejerce *mal de ojo*, y los codiantes y los empresarios huyen de D. Ataulfo como si llevase en la mano un paquete de vibriones coléricos.

Yo no creo en tales patrañas y supersticiones. Lo que pasa es que dió la casualidad de que se incendiase el Teatro Eldorado cuando se estaba ensayando la obra del señor D. Pero sólo fué un accidente fortuito; no creáis que la comedia pudiera ser la causa del siniestro.

Después, en la Zarzuela... ¡Oh nefanda fortuna de don Ataulfo! Ya estaba todo dispuesto; la primera tiple ya sabía gañir perfectamente su papel, y el tenor cómico tenía preparados sus graznidos, sus corvetas y su chaquet á cuadros. Las decoraciones estaban colgadas, los billetes repartidos. El señor D. estaba encantado de la vida; al fin el éxito coronaba sus menesterosos peregrinajes de saloncillo en escenario y se desmayaba de felicidad al pensar en el pingüe trimestre.

A la tarde siguiente, cuando se dirigió al ensayo general, al llegar á la calle de Jovellanos estuvo á punto de enloquecer de espanto. El Teatro de la Zarzuela había sido destruído durante la noche por un incendio voraz.

¡De todos sus sueños, su dinero y sus esperanzas, sólo quedaba un montón de escombros! Pudo clamar como Rodrigo Caro:

Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora campos de soledad, mustio collado...

Quien se puso bastante mustio fué D. Ataulfo D. y tuvo que guardar cama, con fiebres altísimas, en cuyo delirio bailaban una absurda zarabanda la siniestra zarzuela, el chaquet del tenor cómico, los bomberos de la villa y el señor Sánchez Pastor, que era quien le hubiera dado los discos de plata si la obra no hubiera ejercido tan catastróficos efectos de *jettatura*.

Pero ¿por qué pensar en el *mal de ojo*? El incendio de la zarzuela fué otra casualidad; me diréis, tal vez, que ya son muchas casualidades.

Además, ¿por qué no creer que es la comedia y no el autor quien ejerce tan lúgubre influencia? Veréis: un día se la entregó á un primer actor para que la leyese. El comediante llegó á su casa; eran las doce de la noche: hizo una dulce mamola á su cónyuge que se disponía á acostarse; después se encerró en su despacho y comenzó la lectura. Antes de terminar el primer cuadro, oyó unos gritos desgarradores, carreras y puertas que se cierran violentamente. El histrión, alarmadísimo, tiró el ejemplar del Sr. D. Cuando llegó á la cámara nupcial halló que su compañera en este valle de lágrimas había dejado de existir repentinamente.

Otra casualidad, porque no vamos á creer que un inocente libreto de zarzuela, por muy absurdo que sea, pueda producir un fallecimiento fulminante.

Este hombre, circundado por un halo fatal, no puede ni tener amigos, porque también se mueren. Ved al pobre Miquel: vino á Madrid á luchar y á terminar la carrera de Derecho. A los dos meses de tratar al Sr. D., ya había contraído una enfermedad contagiosa que le llevó al sepulcro.

Dentro de poco, creo que *al fin* se estrenará la siniestra comedia. No quiero decir en qué teatro y os ruego que no les comunicéis estos alarmantes indicios á los señores comediantes, porque ya sabéis que son gentes muy supersticiosas. Y lo que deseo es que el coliseo no sufra ningún percance ni se muera ningún miembro de la distinguida familia farandulera. Pero creedme que no las tengo todas conmigo. Por lo menos, de un hundimiento, de un suicidio y de algunos casos de peste bubónica, no se salvan.

Emilio Carrere

Carne Demonio

mi fe- li ci dad Es no temerite- norio Es es bien no torio So- lo mi lo

Carne

cura con no te se cura creo que con ti. La cura ra me - jor

Demonio Carne

En e sos o- j6z6s me quiero mi- rar no se acer que tanto que me va abra

Siglo Demonio

dar que me va abra sar Lo q- es to yo viendo que se va acolar Siento ya en mi

Siglo Demonio

pe- cho al- go que me abra sa al- go que me abra sa Guasa! yes que de sus

Siglo Carne
ojos me se dulce el fuego me se dulce el fuego ¡fuego! no los miren en

Siglo Carne
tonces ya si na da te ma ya si na da te ma ¡a me ma! Va ya se So-

Siglo Demonio
Pi to y jue que a la com ba y jue que a la com ba ¡Bom ba! Solo de clar ar la

Carne Siglo
quiero mi pa sion no sea cer que tanto que me da ca lor va ya una mi le ta

Carne
que tiene el ga cho no sea cer que tanto que me da ca lor ca - - - lor

(La primera parte en el numero anterior.)

Ante la Química

Vamos, hay que ser formales;
basta ya de diversiones:
á estudiarse las reacciones
y los cuerpos y las sales.

Son ciento veinte lecciones.
¡Pues me voy á divertir!,
porque tengo que partir
el programa en tres secciones.

Cada sección en diez días;
en un mes están las tres;
pues á estudiar, que después
vendrán las algarabías.

— ¡Adiós, simpático amigo!
— ¡Adiós, linda modistilla!,
Si es que vais á la Bombilla
no esperéis contar conmigo.
Y usted, amable patrona,
que no estoy para ninguno.
A las cinco el desayuno.
¡Voy á ser buena persona!
Vamos allá. Los cloruros.
Los dejaremos á un lado.
Definiciones que han dado
de «sulfatos» y «bromuros»
¡Bah! Busquemos otra cosa.
El «Hidrógeno» y el «Cloro».
Tampoco. ¿Silicio? ¿Boro?
¡Señor, qué ciencia tan sosa!
¡Santo Dios, cuánto tropiezo!

«El Bromo» No. Los «Sulfatos».
Lo mejor son los «Nitratos».
¿Pero, señor, cómo empiezo?
El «Carbonato, de Plomo».
¡Carapel! ¡Bonito asunto!
Pues entonces hago punto
y empiezo á estudiar el «Cromo».
¡Dios mío! ¡Qué disparate!
¡Ay, cómo está mi cabeza!
Ni yo sé dónde se empieza,
ni si esto es cierto ó dislate.
Comienzo por el «Carbono»
y me paso al «Aluminio»;
dejo el «Bario», tomo el «Minio»,
y al «Fluor» lo creo «Ozono».
y para ser boticario
hay que estudiar el «Oxígeno»,
y el «Azufre» que es antigeno,
el «Arsénico» y el «Bario».
Hay que estudiar «metaloides»,
que distinguir los «metales»,
y que separar las «sales»
de los cuerpos no «coloides».
Muchas generalidades
hay que saber de *cajón*:
la «fusión», «Disolución»
¡y otras mil barbaridades!
Peso atómico primero,
después el «molecular»,
símbolo que se ha de dar
al cuerpo por ser... latero.
Luego le sigue su... historia,

¡lo mismo que un Rey pasado!,
«sinonimia» que le han dado...
¡Y todo esto de memoria!
Sigue... estado natural,
cual si fuera un ser humano
que fuera ya de antemano
soltero ó casado, igual.
Luego sigue su «obtención»
por muchos procedimientos...
aquí se pasan tormentos
de espantosa confusión.
Luego, «Propiedades físicas»,
qué «densidad» tiene, «olor»,
«grado» á que hierve, «sabor»,
y las «propiedades químicas».
Siguen sus «aplicaciones»,
su «acción en la economía»,
si cura la pulmonía,
ó alivia los sabañones.
Y luego en situación crítica
pone uno la Farmacia,
y... no va nadie, ¡qué gracia!
¿Y para esto tanta química?
¡Ahí te quedas «Antimonio»!
¡Potasio! ¡Mercurio! ¡Estaño!..
Y vaya por este año
doña Química al demonio.
¿Química? ¡Qué disparate!
¿Tanto sufrir mi persona?
¡Pues chica ganga! Patrona,
á las doce el chocolate.

Antonio Ruibérriz de Torres.

“El Intruso,”

I

— «¡Ah, señores!», peroraba
don Ramiro de la Hoz,
algunos momentos antes
de comenzar la función.
«Aunque, como ustedes saben,
hoy debuto como autor,
mi triunfo será excelente,
inconmensurable, atroz.
Dar por tan seguro el triunfo
no podría otro escritor,
ni aun de los más afamados,
mas en mí hay una excepción:
¡tengo un plan que es infalible,
un plan de marca mayor!»

II

La obra al fin ha terminado
y nadie llama al autor;
dos ó tres espectadores
aplauden, mas sin calor,
por compromiso, por *chunga*
ó por consideración.
De repente un caballero
grita con pujante voz:
«¡Fuera!, ¡fuera eso!, ¡fuera!
¡eso no es malo!, ¡es peor!»

Varios señores del público,
al oír tal aluvión
de disparates, protestan
contra el alborotador;
éste no ceja en su empeño
y grita á más y mejor;
silba y el resto del público
aplaude con efusión.

— «¡Fuera!, ¡que echen á ese intruso!»
— «¡Bravo!, ¡que salga el autor!»
El entusiasmo es frenético
y se levanta el telón,
pero el autor no parece,
pues, según dice un actor,
«no se encuentra en el teatro»,
que es la frase *de cajón*.

III

Ya por fin el entusiasmo
del público terminó,
y en el *saloncillo* todos
felicitan á La Hoz,
que ha aparecido por fin.
— «Pero ¿dónde se metió?»
(el empresario pregunta).
— «¡Qué triunfo tan superior!»
(le dice otro de la casa);
«¿conque por fin se logró
el triunfo que se buscaba?»
— «Pero, mi querido autor,
lo que yo no he visto (dice

otro que hay en el salón)
es ese plan tan seguro
de que usted antes habló;
gracias á que la comedia
es preciosa, que si no...»
— «¡Alto! (dice don Ramiro):
está usted en un error;
la obra irá más de cien noches
y me dará un fortunón,
pero gracias á mi plan,
que, por suerte, no falló.»
— «¡Pero, Ramiro, si nadie
le ha visto!»

«¿Cómo que no?
¿No han visto ustedes á uno
que con estentórea voz,
subido en una butaca,
gritaba: ¡Fuera el autor!?»
— «¡Eso sí! ¡¡valiente tío!!»
— «¡Pues ese tío era yo!»

Enrique Povedano



MIRANDO AL CIELO

Los dos fuimos románticos de veras,
con rubor lo confieso.
Todas mis ilusiones y quimeras
hubiera yo vendido por un beso.
En tí soñaba, en el amor creía,
con flores y con pájaros hablaba;
la tierra sus secretos me decía,
el cielo sus promesas me brindaba.
¡Gózate en mi dolor! ¡Te quise tanto,
que, después de olvidarte, todavía
es tu *recuerdo* mi mayor encanto!

—
¿Te acuerdas? Una noche iluminada,
de esas noches tan claras y tan bellas
en que, volando al cielo, la mirada
encuentra en poco azul muchas estrellas,
ebrios de amor y con el mismo anhelo
juntos tú y yo mirábamos arriba,
como buscando más allá del cielo
los reflejos del alma pensativa.
¡Acuérdate! Tú, hermosa, me dijiste:
—El amor es del mundo el soberano.
Donde no está el amor, todo está triste.
—¡Mira á los astros! (proseguiste luego).

En ese cielo espléndido y lejano,
si como yo por su extensión penetras,
¿no te parece que de Dios la mano,
para escribir de nuestro amor el fuego,
hace á los astros convertirse en letras?
Aquel grupo de estrellas cintilantes
¿no imita á cuatro letras de brillantes?
—¿Qué dicen?—pregunté con entusiasmo,
y—Amor—me respondiste medio loca,
con un convencimiento tan sincero,
que yo un instante te miré con pasmo,
para añadir, besándote en la boca:
—¡Ay! ¡Tú no sabes lo que yo te quiero!

—
¡Sí que son letras, sí! ¿Quién no concibe
que la luz finge signos misteriosos
en las estrellas con que Dios escribe
en el cielo los sueños amorosos?
Ya el cielo van las nubes invadiendo
y se van las estrellas eclipsando...
¿Lo ves? ¡Son letras que se van borrando!
¡Promesas que se van desvaneciendo!

Ricardo J. Cafarineu.

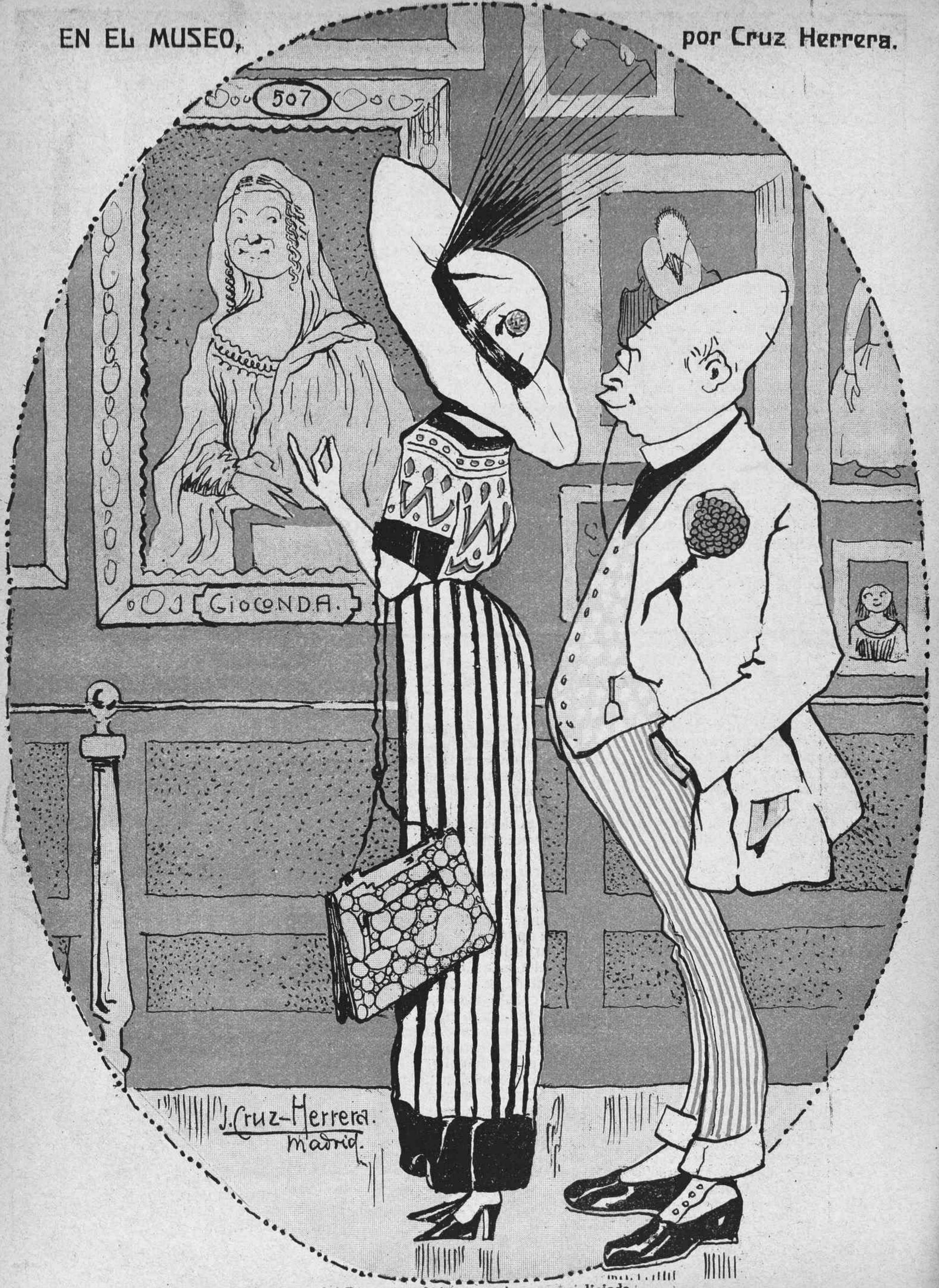
DOÑA ROSARIO

Para admiración de todos,
para ejemplo y enseñanza
de las mujeres honestas
y de las doncellas cándidas,
quiero de doña Rosario
propalar las alabanzas,
pues aun más que el primer mártir,
merece cantos tal santa.
Es ama de cura ella,
y ella airosa, gruesa y alta
y moza, aunque un tanto añeja,
apetitosa y gallarda.
Mujer es de gran valía;
mas de compostura tanta,
que en compostura, Rosario,
supera á las más pintadas.
Natural es que así sea,
dada su buena crianza,
pues se educó desde niña
de un canónigo en la casa.
Ama del tal fué su madre,
efecto de cuya causa,
Rosario, desde muy niña,
vió tan solo buenas prácticas.
Ejercitándose en ellas
creció dichosa y honrada,
hasta que ya de quince años
comenzaron sus desgracias.
Su madre y el buen canónigo
en una misma semana
murieron. uno tras otro.
¡Dios en su gloria los haya!
Huérfana de padre y madre,
sin recursos ni esperanzas,

por un primo del canónigo
fué, muerto éste, amparada.
Viejo y soltero el tal primo
tomó á Rosario de ama,
fiando á ella el gobierno
de sus bienes y su casa.
Murió el viejo al año escaso
de repente, una mañana,
y murió sin testamento,
sin hacer ni decir nada.
De la casa, pues, Rosario
salió como en ella entrara;
sin dinero, sin ahorros,
limpia de polvo de paja.
Que así salió lo dice ella;
pero ella es la interesada
y cuentan que el muerto, en vida
la dió cuanto pudo darla.
Nunca sería gran cosa;
pero, si existieron dádivas,
de qué clase fueron éstas
ella lo sabe y lo calla.
Muerto este amo, de un cura
pasó Rosario á ser ama,
gozando desde aquel día
feliz existencia plácida.
La vida de su buen amo
se ajusta á la vida santa,
la cual á su vez se ajusta
á este invariable programa:
por la mañana, su misa;
por la tarde, sus plegarias;
por la noche, su rosario,
y tempranito á la cama.

Rosario, pues, goza en vida
de la bienaventuranza,
y el Señor la favorece
con sus dones y sus dádivas.
Por eso, de gracia llena,
dice que por él guardada,
si con el Señor se acuesta,
con el Señor se levanta.
Virtuosa como pocas,
es su modestia tan rara,
que jamás las obras suyas
quiere que sean contadas.
Todo el mundo, sin embargo,
las refiere y las relata,
porque son muchas las que hace
de su amo el clérigo á espaldas.
En ella, en efecto, todos
consuelo á sus penas hallan,
y el menestero, de ella
cuanto ha menester, alcanza.
Ella enseña al que no sabe;
y con caridad cristiana,
si á los soberbios humilla,
á los humildes levanta.
Por eso, son en justicia
tales su renombre y fama
y por eso yo en su obsequio
alzo mi canto entusiasta,
creyendo muy justo sea
siquiera una vez honrada
la que merece más cantos
que San Esteban alcanza.

Mariano Vallejo.



J. Cruz-Herrera.
Madrid.

—¡La Gioconda! Dicen que fué una mujer muy codiciada.



—Bueno; ¿y vosotras, cuando os declararéis en huelga?

—Ay, hijol, nosotras tenemos que contar antes con la crisis de resistencia

Ratos de juego

Antonio, que es un rico comer-
[ciante
y que tiene muchísimas manías,
se unió hará cuatro días
con su casera, Petra Recalmante.
Y ¡oh lector placentero!
sabrás que desde aquel terrible ins-
[tante
es Antonio Casero.

**

Conservo como oro en paño
las seis ó siete misivas,
que hará ya cerca de un año
mandó de *Linares, Rivas*.

**

Ya te lo he dicho, Ramón,
pero no hay quien te convenza:
Urbano es un sinvergüenza;
ha de ser tu perdición.

¿Piensas, cacho de melón,
que su proceder villano
en día no muy lejano
cambiará? ¡Ten más *tupé!*
y contéstame: ¿por qué
no dejas, *Ramón, á Urbano?*

**

—...Yo, enamorada, observé
que él de mí se enamoró...
¿Preguntas que cuando fué?
Pues cuando *Gabriel Miró*.

**

Ya me he enterado, María,
de que invitaste á Manuel
á tu Palacio, y que él
se escapó al siguiente día.

No me extraña, y te diré
que, conociendo lo lacio
que es tu genio, sé por qué
se fué *Manuel del Palacio*.

José López Jiménez.

MADRILEÑERIAS

Esa; la que por las noches
va caminando de prisa,
oyendo á su paso flores
y repartiendo sonrisas;
la chiquilla de ojos negros
y de pálidas mejillas
que en el taller se ha pasado
trabajando todo el día,
y ahora á pasos menuditos
camina, Monterá arriba,
seguida por un cortejo
de estudiantes; la mocita

que los domingos se marcha
con su novio á la Bombilla,
y con él allí se marca
una habanera ceñida;
la de los labios de grana,
la de las mil picardías,
la de los timos graciosos;
de una vez, la modistilla,
esa linda flor que sólo
en esta tierra se cría,
en esta tierra de arcángeles,
en esta tierra bendita,
que es la tierra del cóplero...
Marcha ya, sube de prisa,
que alla tu galán te espera
á la vuelta de una esquina
y te dirá, cuando llegues,
frases de amor, flores lindas.

Antonio Casero

Por la vil imitación

Maclasa

CANTARES

En la ciencia de la vida
solamente hay dos tratados:
uno, *de las ilusiones*;
otro, *de los desengaños*,

En la fuente de agua dulce
que hay al pie de la montaña,
cayó una lágrima mía...
la fuente se ha vuelto amarga.

¡Qué caidita de ojos
tienes, muchacha!
¡Será milagro, al verla,
que yo no caiga!

Por Dios, no estés enseñando
la puntita de ese pie;
la vi una vez, no sé cuándo,
y me dió yo no sé qué.

Por más que todos los días
tu frente con agua laves,
no quitarás esa mancha
que tienes y no ve nadie.

N.



Un primavera.—Nos remite usted un boceto teatral en tres cuartillas. No hemos de ensañarnos con usted, que seguramente será una buena persona atacada por el mal endémico de la literomanía. Beste decirle que aun no tenemos noticias del teatro telegráfico, y madure bien la idea. Quizá en usted hay un gran inventor.

E. C. J.—Santander.

«Los ojos de mi chiquilla
Son cual negro terciopelo
y acaricia su mejilla
con la mata de su pelo.»
¿Con qué pelo? ¿Con el de la mejilla,
con el de la chiquilla ó con el del ter-
ciopelo?
Otro,

«Yo soy judío errante
y vivo triste la vida.
Cuando la veo delante
siento el alma conmovida.»

Usted será todo lo judío y todo lo
errante que quiera, pero tiene usted el
alma sentimental como una costurerilla.
Y otro,

«Cual arroyuelo sereno
así ante mí se presenta
yo por ella seré bueno
porque en ella hay una santa.»

Esto nos recuerda un cantar que dice:

«Te mando con la doncella
un ramo de gayas flores
azucenas y jazmines
nardos, rosas y alcachofas.»

¡Ah! y otra vez que se le ocurra dedi-
car coplas á su *morena*, mándeselas di-
rectamente. Quizá ella que le soporta
á diario, se haga cargo de todo. Nos-
otros quisiéramos usar de toda nues-
tra *benevolencia*, siquiera por no defrau-
dar las alusiones de las personas que le
recomiendan á usted que se dedique á
estas lides. Pero...

A. H.—Yo le agradezco mucho la
amistad simpática que me brinda, pero,
¡por Dios! no me la ofrezca rimada. Yo
también tendré mucho gusto en ser su
amigo, á condición de que no escriba
usted versos. Déjese de cantar *al beso*
y procure dar por ahí todos los que
pueda. Crea usted que hay cosas que
placen mucho más en la práctica.

A. R. de T.—Como verá, va.

E. P.—Lo mismo le digo.

Un seductor.—No podemos por me-
nos de publicarlo.

«Amada Paquita;
yo por tí me muero
perdona que avuse
de pluma y tintero
pero es que la musa
me llama, me llama
ni como en la mesa
ni duermo en la cama.
Tienes una cara
bella y peregrina
por eso no llevo
pronto á la oficina...»

No sigamos. Por ese camino, lo más
probable es que le dejen á usted cesan-
te, y nosotros no podemos contribuir á
sabiendas á que por sus exaltaciones
poéticas prive del pan á su respetable
familia. Joven seductor, procure usted
seducir al jefe de su negociado con una
cronométrica puntualidad á ver si le as-
ciende, y dedíquese con entera voca-
ción á los expedientes y al balduque,
aunque lo dudamos. Cuando se empieza
como usted, es cosa perdida. En fin,
conste nuestra buena intención en que-
rer hacer de usted un buen ciudadano.

Terminamos por hoy, y perdonen
nuestros amables colaboradores espon-
táneos que no podamos contestarlos con
la premura que quisiéramos. Recibimos
á diario un verdadero diluvio de origi-
nales y esta sección es muy limitada.

Muy en breve introducirá **Madrid Cómico** grandes é importantísimas reformas tanto en su parte material, como en la artística y literaria.

Colaboración de las más renombradas firmas.

Se publicarán las nuevas secciones siguientes:

La caricatura contemporánea por el notable escritor **José Francés**.

Del corazón de la mujer (aventuras sentimentales) á cargo de nuestro redactor **Antonio Roldán**, con una *Correspondencia de Intimidades femeninas*.

Continuará la publicación de *Retablillo literario*, por el notable poeta **Emilio Carrére**.

De la *Charla semanal* se encargará el culto y distinguido cronista **Pedro de Répide**.

Crítica de teatros, con una amplia y detallada *información teatral*. Fotografías de las más culminantes escenas de las obras que hayan conseguido el mayor éxito. Retratos de los artistas y caricaturas, por el genialísimo **Fresno**.

Cuatro páginas de música *encuadernables* con las piezas modernas más populares y en boga.

Folletín sensacional.—«**El Caballero encantado.**»

Cada capítulo estará encomendado á uno de nuestros escritores festivos de más fama y reputación literaria.

Poesías, artículos en prosa, informaciones pintorescas y festivas, caricaturas de los dibujantes más celebrados.

AUMENTO DE PAGINAS

P R E C I O D E L N Ú M E R O

20 céntimos.

EN BREVE:

¡Ahí vá! ¡Ahí vá!

y El Cuento Ilustrado.



Creo que voy dando el golpe .
¡Lo que puede una corbata!
—Mira que ser tan preciosa
y costarme tan barata!
Mariana Pineda, 12.

¡Qué cuerpo tan ideal!
Jamás le daré al olvido.
El corsé que le da forma
ya sé dónde le ha adquirido!
Bordadores, 9.

—Lo mismo vienen de China
que de Pinto y Azuqueca
para comprar el calzado
en la casa de Eureka.
Cedaceros, 11.

EL AGUILA



¿Que donde me visto...?

En el mejor Bazar de ropas hechas

